

Puertas Adentro

Grupos de riesgo

Una vuelta por el barrio. Una salida de compras en la etapa más rigurosa del confinamiento. Silvio Méndez aborda una crónica cotidiana de una ciudad asaltada por la extrañeza. La postal de las calles, los negocios y los vecinos que viene a retratar un mosaico de la vida entre las acechanzas del temor y las horas lentas.

por Silvio Méndez



Grupo de riesgo

Querido diario de la cuarentena total. Nos quedamos sin algunos productos frescos en casa; tampoco hay cerveza. Salgo en busca de víveres. Soy el designado en mi entorno familiar de convivencia porque ser el más cercano a los grupos de riesgo de la pandemia del coronavirus. Cosas del darwinismo social que se escuchan de por estos días.

Afuera el día parece primaveral, no otoñal, porque la temperatura es agradable, pero un poco alta para esta época del año. Será por este clima que muchos vecinos han salido a regar sus veredas. El encierro, tal vez, los ha vuelto un poco más desenfadados y lo hacen casi impunemente con el torso desnudo. Todos parecen haberse puesto un poco más atrevidos. Los perros, hasta el más diminuto, ladran a cualquiera que ven pasar. Los pájaros, las mariposas, los bichos invaden los jardines en los frentes. Es “la naturaleza que se recupera”, dicen. Espero que la cantidad de grillos que invaden en la noche los rincones sea eso y no una señal del fin de nuestros tiempos.

En el supermercado hay cola para entrar. En la ferretería también. Los demás negocios están cerrados. El de productos de limpieza tiene un cartel que dice que atiende si se le hace sonar el timbre. La carnicería abre hasta las 2 de la tarde, por el feriado. Y en la estación de servicios uno de los playeros despacha con una escafandra, de esas que tienen una vincha que sostiene una máscara transparente rebatible. Su compañera no tiene nada en la cara, sólo unos guantes de látex negros, de los que ya usaban antes de la paranoia por el Covid-19. Se ha sacado uno para ver los mensajes de texto de su celular, apoyada sobre uno de los surtidores, con total normalidad.



En la calle hay poca gente de a pie. Sí hay muchos autos circulando. Algunos conductores hasta dentro del vehículo utilizan barbijos. Un accidente cortó el paso por avenida Juan Báez, casi Lebensohn. Un hombre volcó totalmente el auto, pero sólo hubo daños materiales. Hace horas que están los móviles policiales esperando no se sabe qué, pero no hay apuro, el tránsito se desvía por los laterales. En el súper las compras son en grandes cantidades, como para tener insumos por unos días y no regresar pronto. Al verdulero le pusieron una especie de “corralito”, con una soga que pende desde un exhibidor hasta el postecito que sostiene los números de los turnos, para que los clientes no se acerquen al mostrador. El que atiende el puesto tiene con el humor de siempre: “¿Cómo estás? ¿Aburrido en casa? Yo acá no. ¿Qué vas a llevar?”.

Voy al otro súper, a comprar bebidas. Es de la cadena de minimarkets y las ofertas de la semana son detergente, papas fritas –en paquete grande– y cerveza en lata, de esas importadas de Alemania. La fila en la caja no tiene muchos clientes en espera. Todos a prudente distancia. El que está pagando adelante se entretiene con la empleada, se prodigan chistes subidos de tono. Hablan de besos en la boca y sexo en la cuarentena. “Chau, saludo a tu marido”, se despide. Risas. Pase el que sigue.

Quienes temprano no salieron a regar las plantas, cerca del mediodía cortan el pasto. Hay muchos frentes descuidados desde hace días y las hierbas han avanzado sin reparo. Se nota también en las enredaderas que trepan por las obras a medio construir. Han quedado como esqueletos desnudos en una ciudad de zombis. Las plazas tienen los juegos desiertos, ni las hamacas se mecen con el viento. Por momento el silencio es tan profundo al caminar por las veredas que se escuchan conversaciones que llegan del interior de las casas. Es como ingresar en fragmentos a mundos íntimos desconocidos. Unos vecinos infringen el confinamiento y charlan tapial de por medio, a una prudente distancia. Un patrullero de Gendarmería hace el rondín; con cara de pocos amigos los uniformados vigilan a quienes andan en la calle. Levanto la bolsa cargada del supermercado a modo de saludo y siguen de largo.

